liga tan apretado que cortaban como navaja. Íbanse retirando los indios, jugando sus espadas sin muestra de temor; pero descubriendo el valeroso capitán Fernando Cortés más de cinco mil hombres, en un escuadrón que acudían a socorrer a éstos, los mandó alancear, que hasta entonces no lo había permitido y envió a solicitar a la infantería que se diese priesa. Entre tanto que caminaba la infantería ya el escuadrón de los indios había llegado sobre los de a caballo y desembrazando sus arcos, peleaban. Los de a caballo alanceaban muchos, especialmente a los que más se metían en ellos. Los indios en descubriendo la infantería castellana se retiraron espantados de los caballos, diciendo que aquellos venados eran mayores que los suyos y que corrían más y que por algún encantamento andaban los cristianos en ellos. Retirado el escuadrón de los indios llegaron dos de los mensajeros cempoalles que Fernando Cortés envió a Tlaxcalla, con otros de la república, y dijeron que les había pesado del atrevimiento de aquella gente bárbara, que eran ciertos pueblos otomíes, que sin licencia se habían desmandado, aunque se holgaban que algunos hubiesen pagado la pena que merecían y que la señoría le deseaba ver, conocer y servir en su pueblo y que si quería que pagasen los caballos, que aquellos otomíes mataron, enviarían luego oro y joyas por ellos. Fernando Cortés, aunque conoció que el recado era falso, para asegurarle respondió, agradeciendo su ofrecimiento y buena voluntad y que presto sería con ellos porque lo deseaba mucho; y disimulando la pena que tuvo de que los indios hubiesen entendido que los caballos eran mortales, dijo que no quería paga porque presto le vendrían otros muchos de donde aquéllos habían nacido. Eran estos otomíes vasallos de la señoría de Tlaxcalla, que tenían sus lugares en partes bajas y atalayas en los cerros y en habiendo gente extranjera hacían ahumadas desde la primera y respondían de las otras y la gente se juntaba para la defensa.

CAPÍTULO XXX. *De una batalla que los castellanos tuvieron con los de Tlaxcalla y vuelta de dos de los mensajeros que habían ido a Tlaxcalla*

LOS EMBAJADORES SE VOLVIERON y llevaron consigo hasta sesenta indios que en aquel reencuentro habían sido alanceados para enterrarlos. Cortés mandó enterrar los caballos por no dejar ocasión de que viéndolos cada día en el campo los indios considerasen que podían matar los otros. Estaba ya (como queda dicho) el ejército dentro de los límites de Tlaxcalla, y hasta entrar en ellos llamaban a toda aquella provincia desde la Villa Rica, Cuetlaxtla, que aunque grande la distancia no era muy poblada, porque en tiempos pasados la destruyó Motecuhzuma, porque no le obedecían. Aquí dice Herrera que es la tierra conforme al Andalucía, gruesa, caliente y fértil, con muchas aguas dulces y buenas, adonde se cría

mucho pescado y muchas florestas de árboles salvajes, alamedas y parrales y otros, y tendría treinta leguas de travesía hasta los puertos que son ásperos y fríos, con nieve en algunas partes de ellos, con muchos pinares y encinares, aunque mayores, de mayor hoja y menor bellota que los de Castilla. Lo que hay en esto es que, desde la Villa Rica hasta llegar a las sierras y tierras altas son todas calientes, más y menos, y no todas en igualdad de temple, en las cuales hay las cosas que dice Herrera; pero por acá arriba, viniendo a Tlaxcalla, no hay aguas (sino muy pocas y ningún pescado) y son campos rasos y muy secos, aunque en algunas partes hay algunas lagunas pequeñas (como en otra parte decimos). A puesta del sol alojó Fernando Cortés su ejército junto a un arroyo, en sitio cómodo y fuerte, y de ciento en ciento por sus cuartos hicieron la guarda; y no habiendo tenido aquella noche ningún sobresalto a otro día llegaron a unas casas de otomíes, adonde hallaron algunos hombres muertos de las heridas del reencuentro pasado. Quemaron las casas y de hambre comieron tunas, fruta de la tierra, y esto porque las vieron comer a los indios del ejército. Otro día prosiguió su camino y llegando a un mal paso de una quebrada honda, señoreada de sierras al rededor, antes que comenzasen a pasar ladró un perro, acudió Lare Herrador, hombre diestro de a caballo, mató dos indios que halló y otros que había con ellos huyeron. Llegaron aquí los otros dos mensajeros cempoalles, sudando, llorando, maltratados y que apenas de miedo podían hablar. Echáronse en el suelo, abrazáronse a los pies de Fernando Cortés, y dijeron que los malos tlaxcaltecas, violando el derecho de la embajada, los habían atado para sacrificarlos al dios de la victoria y que aquella noche, desatándose el uno al otro habían huido y que habían oído decir que de la misma manera pensaban sacrificar a los cristianos.

Poco después de llegados los cempoalles, habiendo andado poco más de medio cuarto de legua, por detrás de un cerrillo asomaron hasta mil indios bien armados. Acometieron a los castellanos con el alarido que suelen, tirando muchos dardos, piedras y saetas; Cortés, con los farautes, les rogó que estuviesen quedos porque quería paz y con escribano y testigos se lo requirió y dio a entender. Visto que los indios no cesaban de pelear acordó de dar en ellos, los cuales diestramente se fueron retirando y llevando a los castellanos a una emboscada de más de treinta de mil que estaban el arroyo arriba, por unas quebradillas que había hacia el paso muy áspero adonde los castellanos se vieron perdidos por la multitud de enemigos, que adonde no se podían revolver les cargaban; pero valía mucho el ánimo que les daba Fernando Cortés, diciendo que ya no se peleaba sino por la vida y sin hacer injuria a quien sin causa les había acometido. Y aquí dijo Teuch, uno de los nobles de Cempoalla, a Marina, que vía la muerte de todos delante de los ojos y que no era posible que ninguno escapase vivo. Respondióle Marina que no tuviese miedo, porque el Dios de los cristianos, que es muy poderoso y los quería mucho, los sacaría de peligro. Y no mucho después de estas palabras, peleando varonilmente los castellanos y los indios amigos por no ser sacrificados, con mucho esfuerzo sa-

lieron de aquella apretura adonde peleaban los tlaxcaltecas con tanto coraje que muchos llegaron a los brazos con los castellanos y otros a tomar las lanzas a los de a caballo, los cuales yendo delante abrían paso a los infantes; y los indios amigos echándose al agua, resistían. Fernando Cortés volvía de cuando en cuando a los infantes y decía que mirasen que de la conservación de sus personas en aquella tierra dependía el plantar en ella la fe de Jesucristo a que tenían tanta obligación y porque podían esperar grandes bienes allende de que siendo hombres castellanos no se habían de perder de ánimo ni volver pies a tras, como nunca a su nación había acontecido. Al fin con mucho trabajo salieron de aquellas quebradas y arroyos al campo raso, adonde pudiendo correr los caballos y jugar el artillería ponían gran espanto a los indios y mataban muchos, los cuales no lo pudiendo sufrir se fueron retirando en orden a un recuesto adonde se hicieron fuertes. Hubo este día algunos castellanos heridos, pero ninguno muerto y muchos indios murieron allí y otros, después, que salieron heridos. Fue cosa notable el alegría de los castellanos que en altas voces daban gracias a Dios por haberlos librado de tan gran peligro y el regocijo de los indios amigos que abrazando a los castellanos con ellos se alegraban de haber escapado; y el caballero Cempoaltecatl, alabando a Marina, contaba su profecía, la cual afirmó que nunca tuvo miedo confiando que el Dios de los cristianos los favorecía. Tocábanse las trompetas, pífanos y cajas de el ejército y los instrumentos de los indios amigos, que bailando a su modo cantaban en altas voces la victoria, echando de ver los enemigos cómo se celebraba.

CAPÍTULO XXXI. *De un desafío de un indio cempoalteca con otro tlaxcalteca que se llegó a vista de el ejército de la señoría de Tlaxcalla; y de una batalla que presentaron los tlaxcaltecas de más de ciento y cincuenta mil combatientes, y un presente arrogante que hicieron a los nuestros*

STANDO LAS COSAS EN ESTE ESTADO un indio, capitán de cierta parte de el ejército enemigo, haciendo señal de paz bajó adonde Fernando Cortés estaba acompañado de ciertos principales de los suyos; díjole que como la experiencia lo había mostrado vía que él y los suyos eran invencibles y ser dioses inmortales, que le suplicaba que la guerra no pasase adelante, que él trataría con los capitanes de su parte, que le tuviesen por amigo y dejasen entrar en Tlaxcalla. Fernando Cortés alegremente le respondió, que ya les había ofrecido su amistad y que aunque tenía razón no les quería dar mal por mal sino conformarse con el precepto de Dios y que se ofrecía de ser su amigo. Volvió el capitán a los tlaxcaltecas y diéronle tantos palos que le descalabraron bien. Fuese a Fernando Cortés, diciendo que aquellos malos hombres le querían destruir. Mandóle curar y advirtióle que pues se había de llegar a las manos con